

EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA. — Un número suelto un real.



Vi un hombre que me amenazaba con un puñal. (Pag. 323, col. 1.ª)

SUMARIO.

- EL ENANO DEL REY DE POLONIA, por M. Roger de Beauvoir.
- EL POSADERO DE ALDEA, MAESE GANSENDONCK, por E. Conscience.
- BIOGRAFIA DEL GENERAL FOREY.
- FÓRMULAS: Preparacion del papel anti-reumático.—Aceite llamado de Filocomo para la conservacion del cabello.

EL ENANO DEL REY DE POLONIA,

POR M. ROGER DE BEAUVOIR.

(Continuacion.)

—Es la condesa Irma Etzel, dijo el rey al cadete; estaba seguro de que la conocíais.
 El señor de Arveines, que no podia apartar los ojos del retrato, respondió balbuceando:
 —Sabe pues V. M...
 —Todo lo sé, Leopoldo, dijo Estanislao; una noche sorprendí vuestro secreto pasando por la sala de los guardias. Os aconsejo que durmais, pero no que soñeis.
 —¿Qué quiere decir V. M.?
 —Que el sueño es con frecuencia un traidor, Leopoldo; el vuestro me ha descubierto vuestros pensamientos y el estado de vuestro corazón.
 —Mis pensamientos... mi corazón... En verdad, señor, que no sé...

—¿Qué niño sois! ¿Pensais que voy á re-prenderos porque amais á la condesa Etzel? Ignoro como la conocisteis, pero lo cierto es que su imagen estaba delante de vos en vuestro agitado sueño, que pronunciabais su nombre, que...
 —Castigadme, señor, dijo Leopoldo inter-rumpiéndole, castigadme por haberme atrevido á elevar mis miradas imprudentes hasta esa mujer...
 —No os castigo, añadió Estanislao, ni tengo derecho para hacerlo, pero sí para escucharos. Os amo y os compadezco. La condesa pertenece á una de las familias mas nobles de Polonia, y muerta ó viva, nunca se borrará de mi alma su recuerdo... Esa jóven, continuó el rey mirando con emocion el retrato, esa jóven, Leopoldo, me salvó...
 —Y yo, señor, salvé á esa jóven.
 —¿Vos, Leopoldo?
 —Yo. Pero contadme antes vuestra historia. Indudablemente tenemos ambos en este instante un mutuo interés en hablar de la condesa. Dignaos empezar...
 —Bien! dijo Estanislao despues de haber extendido los piés delante de la llama de la chimenea y de recrearse en llenar una larga pipa de Bohemia, ocupacion á que era muy aficionado el principe y que nunca habia encargado á ninguna persona de su servidumbre. Habeis de saber, pues, continuó, que seis años ha me veia amenazado, perseguido y

hostigado cruelmente por mis enemigos. Una escuadra rusa estaba de crucero en el Báltico, y el emperador acababa de expedir contra mí las órdenes mas terminantes. Me hallaba sitiado en Dantzick, plaza que habia elegido porque sabia que se gobernaba por sí misma bajo la proteccion de los reyes de Polonia. Habia sido recibido con entusiasmo, y la justicia de mi causa y las innumerables dificultades de mi viaje me aseguraban sus simpatías; pero entre las familias polacas cuyo recuerdo me acompañaba en mi fuga, se distinguia una en la cual habia una hermosa jóven de diez y seis años escasos, entusiasta partidaria ya de la causa de Polonia; era la sobrina del noble conde Ladislao Krazinski. ¡Cuántas veces la habia visto descorriendo la cortina de su ventana cuando pasaba por su calle con el conde Poniatowski!
 —Daría cualquier cosa por ser jóven, dije un dia al embajador de Francia; me haría presentar en casa de esa niña aunque no fuera mas que para darle las gracias por asomarse á la ventana siempre que me paseo por su calle.
 —¿Creeis, señor, me respondió el conde de Plelo, que un rey como vos no seria bien recibido?
 —Un rey fugitivo! un rey desgraciado!
 —El conde Ladislao Krazinski es uno de vuestros partidarios.
 —Sí, pero es pobre, y sé que para recibir-

me es capaz de pedir prestado á un judío.

En efecto, el conde Ladislao Krazinski era uno de esos antiguos tipos de lealtad y honor que desgraciadamente escasean mas y mas de dia en dia, querido Leopoldo; su alma generosa estaba formada á la vez de los opuestos elementos de violencia, fidelidad, amor y odio; al ver el pendon de Polonia, su calva frente se animaba y centelleaban sus ojos azules, y comprometido con la czarina por su tenacidad en defenderme (porque la czarina queria que fuese elegido el elector de Sajonia), perdió todas las haciendas que poseia en Rusia. Esta confiscacion no le hizo faltar á su deber; se retiró á Dantzick donde vivia oscuramente. El conde sobrellevaba el tormento diario de la pobreza y de la misma hambre, pero lo sobrellevaba como héroe ó por mejor decir como cristiano. Habia despedido uno tras otro á todos sus criados, y solo quedó al lado del anciano su sobrina la hermosa Irma. El conde no ignoraba que yo hubiese llegado á Dantzick, pero sus dolencias le tenían en cama casi continuamente y su casa estaba situada en un extremo de la ciudad. Paseábame yo con frecuencia por este sitio cercano á las murallas, cerca de la casa miserable donde vegetaba la noble y triste flor llamada Irma, y cediendo á las instancias del conde de Plelo me presenté una noche en casa del tío de la jóven... Ladislao estaba sentado cerca de una mesa, con la cabeza apoyada en sus manos, y seguía con el dedo en un gran mapa los movimientos del ejército ruso. Cualquiera que le hubiera visto con su frente amarillenta como el marfil, sus grandes bigotes á lo Carlos XII y su flaco cuerpo envuelto en una capa de guerra, involuntariamente se hubiera descubierto ante el nuevo Belisario de Polonia.

—El rey! el rey! tío, es el rey! dijo de pronto detrás del anciano una voz argentina.

Alligíome sin embargo el que Irma me hubiese anunciado así á su tío á quien indudablemente sorprendia.

—El rey de Polonia, el rey de Polonia en mi casa! murmuró Ladislao precipitándose hácia mis manos que estreché, y ni siquiera una silla para ofrecerle asiento! ¿Qué se hicieron, Dios mio, aquellos tiempos en que recibí en el palatinado de mis antepasados bajo un dosel de franjas de oro á vuestra digna madre, la virtuosa hija de Estanislao Jablonski, palatino de Rusia y general del ejército de la corona? Irma, continuó como un soldado sorprendido inesperadamente por el enemigo, corre á casa del platero de Dantzick que tiene nuestra vajilla con las armas de mi familia!

—Ladislao, le respondí, es inútil; dadme vuestra mano, hermano mio, pues ambos somos pobres.

—¿Qué decís?

—Os repito que soy pobre, pero me considero muy rico teniendo servidores como vos. Y además, continué fijando mis miradas en Irma, ¿no tenéis á vuestro lado un tesoro, á esa niña bondadosa y afable que vive bajo vuestro amparo? Acercaos, Irma, y no tembleis. Vos, la sobrina de mi mejor y mas leal servidor, sois ya para mí lo mas caro que encierra mi fiel ciudad de Dantzick.

Examiné con disimulo la única estancia ocupada entonces por el conde Ladislao y pude convencerme de que era cierta la pobreza del anciano. Solo se veía allí una alfombra llena de girones, un baul que servía de asiento, una espada polaca sobre la chimenea, un espejo roto en el cual se arreglaban sin duda Irma sus hermosos cabellos y una cama ó mas bien un colchon arrojado sobre los negros ladrillos. Me enjugué una lágrima furtiva al ver que sufría la miseria por mi un hombre enlazado con los Rafael, los Venceslao y los Andrés, y dije á Irma:

—No creía que fuerais tan desgraciada!

—¡Oh! no lo soy, me respondió, ni mi tío quiere que lo sea; mirad...

Y abrió una puerta... El conde de Plelo y yo vimos entonces un pequeño aposento, que era un verdadero invernadero lleno de macetas de flores, y cuyo único adorno consistía en una estera extendida en medio del pavimento y en algunas pieles sobre las cuales

descansaban todas las noches los delicados miembros de la jóven.

—Repreendedle, nos dijo Irma, repreendedle, señor, porque se priva de lo mas indispensable para comprarme una flor. Ayer mismo vendió un alfanje para proporcionarme semillas. ¡Ah! si no fuese por nuestra huésped que es una excelente lituana...

—Querida Irma, respondí vertiendo una lágrima y estrechando las manos de Ladislao, ¿sabéis que debía estar enojado con ambos?

—Enojado vos! ¿por qué? preguntó el anciano conde con una dignidad que me impuso.

—Porque me ocultais lo que debo saber ante todo... No queréis que sepa que sois pobre...

—¿Y sois vos rico, vos, que habeis pedido mas de una vez prestado á vuestros propios capitanes? dijo Ladislao interrumpiéndome; ¿sois rico, señor, cuando dormís sobre la dura tierra, ese lecho de los pretendientes y los desgraciados? Y ¿olvidais el encarnizamiento de vuestros enemigos y el agente secreto enviado á la corte de Francia para asesinaros con un veneno? Es verdad que soy mas viejo que vos, pero vuestra salud está quebrantada, y además tengo á mi sobrina... digo mal, á mi hija... que nunca se separa de mi lado, en tanto que la vuestra es reina, está lejos de vos y vive en Francia. No me compadezcáis, pues, especialmente en este instante que os veo hablar en pie á vos, mi soberano, mi príncipe. Pero confío por la bandera que tremola en Varsovia que aun podré recibirlos algun dia en el palatinado que me legaron mis padres. Cien mil polacos os eligieron y ellos os defenderán con el auxilio de Dios. Lo único que os pido es que bendigáis á mi pobre Irma, y lo único que para ella imploro es vuestra bondad. Miradla; ¡cuánto se parece á vuestra María que os arrebató la Francia! Irma, continuó dirigiéndose á la jóven que se hallaba tan conmovida como su tío, di á nuestro rey cuánto amas á su hija.

Y se arrodilló al pronunciar estas palabras. Irma siguió el ejemplo del anciano, y yo invoqué sobre ellos las bendiciones del cielo delante del conde Plelo que nos miraba con rostro enternecido.

Quedamos convenidos en que Irma y su tío se hospedarían aquella misma noche en mi palacio á donde se trasladaron sus flores que era su única familia, porque á excepcion de su tío y de un pariente lejano, la hermosa jóven no tenia apoyo alguno en el mundo. ¡Cuántas veces la sorprendí regando las flores y arreglando sus tallos con sus delicadas manos! Sus facciones puras y tranquilas me recordaban las de su madre, en otro tiempo orgullo de la corte de Varsovia, de su madre á quien habia conocido y cuya muerte fué motivo para una acusacion odiosa contra la corte de Rusia.

Hallándose una noche en el baile en Viena, la condesa, sobre la cual recaian entonces las sospechas de Catalina, recibió de manos del conde Sanlung (uno de los miembros de la cancillería secreta tan temible por su misterio) una naranja envenenada. Apenas se la aplicó á sus labios, cayó exánime la condesa. Según el rumor público, Catalina se habia vengado de ella como se vengó mas adelante de una querida de Potemkin. Nunca se habla delante de Irma de esta muerte, y su tío con su rudeza de soldado volvía el rostro siempre que algun criado ponía naranjas sobre la mesa. Ya sabéis que el cultivo de las flores es la ocupacion favorita de las mujeres distinguidas de nuestro país, y esta afición es tan general é instintiva, que hasta los pobres tienen en su casa un modesto arbusto que cuidan con esmero. Estos gustos tranquilos y sencillos formaban la única ocupacion de Irma, y yo iba con frecuencia á sorprenderla en medio de sus colegialas, que era el nombre que daba á sus flores.

Un dia la encontré muy triste y con una carta de Bohemia en la mano.

—Mi tío quiere casarme, me dijo; uno de sus amigos, el antiguo banquero de nuestra familia, le propone para mí la mano del conde Etzel; ¿le conocéis?

—Ese nombre, le respondí, no es ruso ni polaco.

—El conde Etzel me vió, segun dice, en Viena.

—¿Os acordais de él?

—¡Oh! no señor, pero en cambio, añadió Irma bajando los ojos, me acuerdo de otro...

—¿De quién? Habladme con franqueza, hija mia.

—De mi primo, señor; creo que tiene el honor de conocer á V. M.

—¿Cómo se llama?

—El conde Narski; es un noble de Bohemia.

—Sí; prometí á su padre que algun dia le colocaria en mi guardia.

—El pobre jóven está muy enfermo; actualmente vive en Ulm, añadió Irma con los ojos bañados en lágrimas, pero estoy segura de que no me ha olvidado.

—¿Es decir que no os gusta el conde Etzel?

—No le conozco, pero le odio por instinto. Sin embargo, mi tío me dá prisa, pues como el ejército enemigo se dirige hácia Dantzick, teme por mí los horrores del sitio. Desea llevarme en compañía de un amigo fiel á Viena donde vive el banquero, y solo espera que consienta en este enlace. Un soldado viejo y una niña, dice mi tío, son objetos que solo sirven de estorbo en un sitio; no obstante, mi deber me obliga á estar al lado de S. M. y no me separaré de él sino despues de mi muerte; pero no quiero que se quede mi Irma!

—Tiene razon, le respondí; pero así como os envían á Viena, tambien pueden enviaros á casa de vuestro primo en Ulm...

—Eso mismo he dicho yo... balbuceó Irma ruborizándose. ¿No os dignareis hablar en mi favor en una ocasion para mí tan importante?

Interrumpió nuestra conversacion la llegada de un mensajero del conde de Munich que me anunciaba un próximo bombardeo. Mi rostro conservó la mas impasible serenidad.

—Tranquilizaos, dije á Irma apresurándome á pasar á mi gabinete, no os casareis con el conde Etzel. Animo, Irma, ya volveremos á vernos.

Ladislao oyó las últimas palabras de la conversacion. Mientras duró el horrible sitio, el anciano permaneció á mi lado, sosteniendo mi valor con su ejemplo y mi causa con su espada. El peligro le habia hecho recobrar las fuerzas, y sin embargo pronto perdimos la última esperanza. Como debia pensar en mi salvacion partí con una reducida escolta. Al partir, mi último pensamiento fué para Irma. ¡Pobre niña! decía para mí, ¿estarás destinada á sufrir algun dia la suerte de tu madre? ¡Pobre flor! ¿vas á ser víctima del huracán?

La noche extendia sus tinieblas cuando salí de Dantzick; cubrí con una ancha capa el traje de aldeano con que me habia disfrazado y me dirigí al aposento que habia cedido en el palacio á Ladislao. Pero ¡cuán doloroso y profundo fué mi asombro al ver desierta la habitacion de Irma y de su tío!... De vez en cuando retumbaba en mis oídos el sordo estampido del cañon y el grito de alerta de los centinelas. ¿Qué se habian hecho mis huéspedes queridos? ¿Estaban prisioneros? El conde Poniatowski, enviado por mí á la junta de los habitantes de Dantzick para aconsejarles que se rindiesen y capitulasen, no habia vuelto aun, y el general Steinflicht me daba prisa porque eran contados los instantes.

—¡Pobre Irma! murmuré. ¡Oh! Dios es testigo de que queria salvarte. Aunque haya de pasar el Vístula ó morir, dirigiré al cielo, mi único apoyo, mi ferviente oracion por la jóven y el anciano. ¡Pobre Ladislao! ¡pobre Irma!

Preciso fué que me sacaran casi por fuerza de aquella habitacion. Lloraba como un niño. Me parecia extraño que el conde y su sobrina me hubiesen abandonado en dia semejante, y sin embargo ningun indicio me anunciaba que volvieran; la espada de Ladislao no estaba en su sitio acostumbrado, y hasta las flores de Irma, derribadas ó tronchadas, se resentían del abandono de su querida jardinería... Me cogí del brazo del general Steinflicht y salí. Levábamnos por guías tres bandidos resueltos á los cuales se habia agregado un comerciante quebrado alemán. ¡Qué escolta tan extraña para un monarca, querido Leopoldo!

Recordaba entonces con amargura las promesas de auxilio que me habia hecho Francia, promesas por última vez vanas é inútiles. Acababa de enviar el gabinete de Versailles á Dantzick una mezuquina escuadra, llevando unos dos mil hombres de desembarco.

Lasey, reforzado por el feld-mariscal Munich, habia arrojado bombas en mi propio palacio, y sin embargo, debo decir en honor de Francia que la primera vez que vuestros compatriotas vinieron á las manos con los moscovitas combatieron generosamente y perdieron á su jefe, el conde de Plelo, el mismo que me habia acompañado en mi visita al tío de Irma.

Lisonjeaba á Munich la esperanza de apoderarse de mí vivo ó muerto, y el esforzado conde de Monti, ministro francés cerca de la corte de Polonia, acababa de verse hundido con nuestros hermanos en las cárceles de Cronstadt.

En medio de tan terribles circunstancias me decidí á partir con tan extraños guías. Nos veíamos obligados, ora á navegar por en medio de una campiña inundada y llena de juncos, ora á andar á pié por terrenos resbaladizos y cenagosos en que nos hundíamos hasta las rodillas. El país estaba cubierto de partidas de cosacos y de rusos; solo podíamos viajar de noche y pasábamos los días en miserables cabañas. La primera noche dormí en un desvan, y desde el saco de paja que me servía de cama podía oír al alemán cuando hablaba con mis guías... Aquella noche sorprendí la siguiente conversacion:

—El conde Etzel, decía el alemán, llamado antiguamente el conde Soltyki, es amigo mio. Tenia un tío que en tiempo del palatino Estanislao Jablonowski poseia un verdadero castillo de magnate. A consecuencia de un desafío á muerte con un tal Potocki se vendió al gabinete ruso, pero esto es aun un secreto; tan pronto alemán, como judío ó danés, este hombre extraordinario tiene el talento de ponerse todas las máscaras, y es indudable que su fortuna es inmensa; odiado con justicia de los nobles polacos, jóven aun y poco favorecido por la naturaleza, solo tiene afición á la caza y á los combates de perros contra osos, y retirado en uno de sus castillos que baña el Danubio...

—Calla, banquero de Satanás! decía uno de mis *schapanes* (este era el nombre de los guías que ejercen el oficio de bandidos). ¿Cuántos rublos te ha dado el conde para proponernos el rapto de la que se le resiste? Y en primer lugar ¿dónde encontraremos á tu hermosa Irma?

Confieso que al oír este nombre mi sangre se concentró en el corazón y que olvidé mi propio peligro para pensar en el que amenazaba á la pobre jóven. El sudor inundaba mi frente; apoyé mi mano en el saco de paja en que estaba obligado á dormir, y haciendo una señal al general Steinficht para que callase, le dije:

—Escuchemos.

Pero ninguna palabra mas turbó el silencio; parecia que mis guías se habian puesto á hablar en voz baja de otra captura mas importante. Sea terror, sea instinto, creí que pronunciaban mi nombre; despues resonó el choque de vasos en la cabaña y todo volvió á quedar en la calma mas sombría. Yo seguía escuchando, pero solo llegaba á mi oído el murmullo de las aguas y el silbido del viento en los cañizares.

Me habian presentado por única cena una bebida amarga, compuesta de sidra y de jugo de abedul, y el cansancio me obligó á dormir.

Me desperté súbitamente al resplandor de una luz inesperada, y vi un hombre que me amenazaba con un puñal, y á mi lado al general Steinficht, atado, mudo y pálido de ira y sorpresa...

—Deteneos! gritó detrás de mí una voz con firmeza; os engaños, no es el rey!

Vi entonces una jóven de hermosura celestial, vestida con traje de caza, con un ramo de romero en el pecho y otro de las mismas flores en la cabeza, sostenido por un broche de oro.

Este traje, que las desposadas de Polonia

llevan con tanta gracia y coquetería el día de sus bodas, me pareció extraño en tal momento; es verdad que advertí en la que lo llevaba una violenta exaltacion febril y que se arrojó en mis brazos luego que me vió.

—Respetad al conde Ladislao Krazinski, les dijo.

Como iba disfrazado de aldeano, los bandidos dieron crédito á la jóven. No tardé en conocer á mi libertadora... era Irma!

Era Irma que pálida é inmóvil, se sonreía con la sonrisa glacial que induce á presagiar involuntariamente un gran desastre... La pobre jóven habia visto en efecto morir en aquel mismo día á Krazinski, herido por un casco de bomba cerca del *Rathhaus*. Apoderóse entonces de la pobre niña una desesperacion súbita é inexplicable, y no vaciló en arrojarse en la corriente del Vistula. Una barca de pescadores polacos la recogió felizmente y llegó medio muerta hasta la ciudad de Oliwa. Viendo despues que no seguía el camino de Koenisberg, volvió á buscar las huellas del rey fugitivo.

¿Por qué llevaba entonces el traje de desposada? El general Steinficht lo ignoraba como yo cuando en tan terrible peligro la vimos imponer silencio á los bandidos con el ademán y la voz. Hubierais dicho que era una diosa imponente y bella. ¡Con qué transporte besaba mis manos y mi disfraz! Mis guías se miraban entre sí admirados de su serenidad, é Irma les parecia de una estatura sobrenatural y veían salir rayos de luz deslumbradores de sus ojos. Los dos miserables, encargados por la zarina de asesinarle ó prenderme, permanecian como absortos; ambos eran victimas de aquella astucia, y mis conductores se hubieran guardado bien de contradecir entonces á la sobrina de Ladislao Krazinski.

Algunos campesinos polacos que habian acudido en nuestro auxilio intentaron dar muerte á los dos bandidos, y como se expresaban en una especie de dialecto que no es la verdadera lengua polaca, vi de pronto á Irma palidecer y vacilar despues con espanto.

El general Steinficht y yo acabábamos de hacerla sentar cerca de la chimenea, cuando uno de los *schapanes* volvió en sí y se arrojó sobre mí gritando: *muera el rey!* Pero antes que hubiera podido tocarme cayó traspasado por un puñal. Irma en pié, con los cabellos en desorden y terrible como una antigua pitonisa, habia herido al bandido.

—Irma! querida Irma! me habeis salvado dos veces la vida.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando se oyeron nuevos gritos de *muera el rey!* resonaron en el patio pasos de hombres y caballos; fué invadida la escalera, y un soplo atrevido apagó la única luz que nos alumbraba.

El cuerno de los montañeses llamados *gorales* que viven por lo regular en la parte oriental de los montes Cárpatas, lanzó entonces á lo léjos en el bosque sus ásperos y prolongados sonidos. La lucha fué sombría; ninguna claridad, ninguna antorcha brillaba en medio de la noche. Sin embargo se peleaba con furor... Con una mano me defendía, mientras con la otra buscaba á Irma, á mi libertadora...

Los blanquecinos fulgores del alba me mostraron la paja ensangrentada en torno mio y mis dos guías tendidos en el suelo. Recordé entonces, como en medio de una pesadilla, haber visto una forma humana, una especie de demonio terrible que habia puesto sobre Irma su mano fria como el acero, al mismo tiempo que hacia una señal á dos asquerosos enanos que se apoderaron de la jóven.

III.

Estanislao continuó.

—No era un sueño, Leopoldo; acababan de robar á mis ojos á la noble y hermosa jóven que me habia salvado. En mi terrible ansiedad apenas habia oído el rumor de los pasos y las voces, y el rapto habia pasado sobre mi frente como un rayo. Estuve largo rato sin poder moverme ni gritar, pues el prodigioso raptor,

á quien apenas habia visto, me habia dejado mudo y absorto. Por sus cabellos rubios reconocí de pronto en él un hijo del Norte, pero su cuerpo no era robusto, ni su constitucion física podia compararse con la de nuestros montañeses, cuya estatura es por lo regular de seis piés, y á quienes solo iguala en ligereza el gamo de nuestros bosques.

El raptor era de pequeña estatura; dos ojos rasgados animaban tan solo su cabeza de desmesurado volúmen, y conocí por el idioma que hablaban que sus satélites eran bandidos de Arkangel. Los habitantes de aquella comarca gozan reputacion de ser mucho mas civilizados; que los rusos de las provincias meridionales, y son tambien mas fuertes y osados. El raptor de Irma conservaba bajo su disfraz de piel de macho cabrío el indeleble sello del noble moscovita, y hablaba á los enanos como á esclavos. Componian su escolta algunos criados armados, y partió en una *lanka*, especie de coche descubierto, arrojando puñados de rublos á mis propios guías, é inquietándose tan poco del rey de Polonia como de un cazador de Kleinpringern que se hubiera dormido en alguna choza de Livonia.

El general Steinficht y yo estábamos aun bajo el imperio del terror y del vértigo cuando vino hácia nosotros despavorido el comerciante alemán.

—¿Ha conocido Vuestra Alteza, me dijo, á ese hombre que viene de Mariemburgo?

—Es la primera vez que le veo. Pero corred, decid á mis guías que os sigan. El miserable se lleva una jóven, y el cansancio de nuestros caballos nos impide el que le alcancemos. Pero vos que no arrostrais los mismos peligros que Estanislao, partid y avisad á las autoridades del país. Ya veis que el general apenas puede tenerse á caballo, que está herido y que á mí me rinde la gota. ¡Oh! si fuera rey daría mi corona á quien libertase á Irma.

—¿Esa jóven que pertenece ahora al conde Etzel?

—Etzel! exclamé como si hubiera oído pronunciar el nombre de Satanás.

—Sí, el hombre que acabais de ver es el conde Etzel, dijo el alemán, el que como Twardowski ha firmado con su sangre un pacto de veinte años con el diablo; él mismo se alaba de esa hazaña.

—Pero ¿quién le ha dicho lo que ni nosotros podíamos prever? ¿Cómo ha sabido de Irma...?

—El conde Etzel, añadió el banquero interrumpiéndome, sabe que las doce de la noche es la hora de las apariciones extrañas. Además ¿no le ha negado Irma su mano? ¿Habeis oído la balada de la princesa encantada en los subterráneos del castillo de Sulkowski? El vampiro olfateaba su presa y al fin ha clavado sobre ella sus uñas.

—Decidme por favor ¿qué clase de hombre es ese?

—¡Oh! no sé qué contestaros. A cualquiera que preguntéis solo os contará tradiciones fantásticas y maravillosos relatos. Ya habeis visto su figura; es capaz de hacer huir con su fealdad á un bandido de Rusia; pero es alto y resuelto, y posee inmensos bienes en el palatinado de Polaquia y en las colonias rusas. Le habrá tentado la incomparable hermosura de la sobrina de Ladislao y se habrá propuesto hacerla esposa suya. Unicamente sé que ha venido á parar á sus manos, con ayuda de sus numerosos espías, una carta de esa jóven, y como iba dirigida á Narski su primo...

Interrumpió esta conversacion que tanto me interesaba el rumor de varios carros que me enviaban para favorecer mi fuga hasta la primera ciudad de los Estados del rey de Prusia, y me fué preciso separarme del banquero alemán, de quien no he oído hablar mas desde entonces.

La conducta del emperador de Alemania en los negocios de Polonia debia obligar á Francia á declararle la guerra, y como preveía los acontecimientos, tenia obligacion de secundarlos con todo mi poder.

Obligado á protegerme á mí mismo y á salvar la corona que me habian legado mis padres, continué mi triste y azarosa campaña.

Veinte veces fugitivo y errante por entre los bosques y desiertas llanuras de Polonia, arrojando peligros que hicieron creer á todos próxima mi muerte, no me olvidé sin embargo de mi libertadora y puse su nombre con mano trémula en mas de una carta.

Brillantes triunfos coronaron las armas francesas y Carlos VI se vió reducido á acceder á las condiciones que le impuso la corte de Versailles. Conducido á Francia por las negociaciones logré por fin la dicha de estrechar á mi hija entre mis brazos, á mi hija que era esposa de Luis XV!

No te pintaré, querido Leopoldo, mi dicha,

María me dijo entonces :

—Tenemos en la corte un jóven que debe conocerla; es su primo el conde Narski.

—¡Su primo el conde Narski á quien ama, á quien queria dar su mano!

—Padre mio, continuó María, hariais bien en interrogar á ese jóven. Es extraño en su porte y sus modales y muchos le creen loco; por él podreis averiguar sin duda el paradero de vuestra protegida.

Y sonriendo con gracia y ternura añadió:
—¿Sabeis que casi estoy celosa? La amais tanto como á mí!

—Si la amo, dije á María, es porque la fa-

tinte habitualmente violado, y su paso, sus ademanes, sus ojos, todo revelaba en él una próxima é inevitable muerte.

María me hizo una señal con la mano para que no le interrogase. ¿Era posible en efecto exigir que hablase aquella sombra?

Entregó á mi hija una carta de Polonia y salió al momento dejando en mi corazon una angustia misteriosa y sincera: María me dijo que ocupaba en Versailles un reducido aposento, pero que su escasa salud le impedía servir en la corte, y que no se presentaba sino á raros intervalos.

—¿Ese jóven forma parte de la legacion



EPISODIO DE LA ENTRADA DEL GENERAL MAC-MAHON EN MILAN.

porque habia creido que nuestra separacion seria eterna.

Una noche en que la tenia estrechamente abrazada contra mi corazon, vió brillar una lágrima en mi mejilla, y me preguntó la causa de mi tristeza.

—Estaba pensando, respondi, en una jóven que habrás conocido tal vez en Polonia, querida María, en la sobrina del conde Ladislao Krazinski, que tiene la misma edad que tú. Creo que te he dicho que me ha salvado la vida, y es una deuda que no puedo olvidar. Pero quién podrá decirme cuál habra sido la suerte de la pobre Irma!

talidad la ha perseguido desde sus mas tiernos años. La muerte de su tio... su odioso raptó, y despues...

En aquel instante anunciaron al conde Narski.

Vi entonces un jóven de veinte años, de aspecto agradable y noble, pero pálido como un cadáver y con ojos sombríos y casi velados por la helada sombra de la muerte. Aun me parece que estoy oyéndole hablar con voz débil y enfermiza; apenas tenia fuerza para sentarse ni para levantarse, y os confieso que le creí una aparicion sobrenatural. Aquel extraño moribundo conservaba en sus labios un

polaca? pregunté á mi hija despues de otras preguntas.

Vive aqui en reclusion, me respondió. Un dia solamente, era en la primavera pasada, encontré en la calle al embajador de Rusia á cuyos piés se arrojó entregándole una carta. Unicamente él sabia el contenido de ella, pero muchos advirtieron que mientras la leia se alteró horriblemente el rostro del embajador... Por la noche se contentó con decir delante de su Majestad que aquel jóven estaba loco y suplicó al rey que mandase vigilar rigurosamente todas sus acciones. Pero Luis es bueno y se acuerda de Polonia, de modo que

no tuve necesidad de interceder por el desgraciado conde. Ya veis como sale y entra libremente en nuestra corte; únicamente se abstiene de hablar de nuestro país.

—Lo que acabas de contarme, dije á María alejándome, es muy extraño. Esa carta al embajador!... Preciso es que vea al conde Narski y que le hable al instante.

Me perseguía un horrible presentimiento; me parecía que la carta del infortunado joven había de aclarar mis inquietudes y sospechas, y no podía pensar sin un movimiento de espanto en el conde Etzel, en el sombrío raptor de la hermosa y amable Irma.

Subí rápidamente hasta el piso superior que el conde Narski ocupaba en el barrio mas retirado de la ciudad, llamé á la puerta y salió á abrirme una mujer anciana.

—Por aquí, caballero, me dijo enseñándome una pequeña antesala. El pobre joven está durmiendo y quiera Dios que no sea su último sueño! ¡Oh! vos que parecéis tan bueno, aconsejadle que cumpla con lo que ordena el médico. Se resiste á tomar los medicamentos, porque dice que su mal es antiguo é incurable. Esperadme aquí... voy á encender una luz y á preguntarle si puede recibir vuestra visita.

Dió algunos pasos y retrocedió diciendo:

—¡Ah! me olvidaba... ¿cuál es vuestro nombre?

Rasgué entonces una hoja de mi cartera y escribí encima:

«Un amigo de Polonia y de Irma Krzinski.»

No se hizo esperar mucho rato la respuesta. Oí su voz, aquella misma voz de un timbre mortal, que decía á su enfermera: «Que entre!» y pocos instantes despues estaba ya á la cabecera de su cama donde se habia acostado vestido al volver del palacio.

Los bucles de su hermosa cabellera cubrían su frente blanca como el mármol y cuyo frio sentí al pasar mis manos por sus sienas. Me miró con una sonrisa amarga y suave, con la sonrisa del que ha padecido mucho tiempo sin quejarse, y me dijo tomando una de mis manos para besarla:

—Sois el rey... mi rey! No me atrevia á pensar en vos ni aun despues de haberos visto hoy por primera vez en el palacio; pero habeis venido á verme y puedo morir en paz.

Despues me examinó de piés á cabeza con los ojos brillantes de los calenturientos, y desembotonando mi levita con ademán infantil, me dijo:

—Dejadme besar la condecoracion que lleváis.

Yo estaba tan conmovido que inundaron las lágrimas mis ojos.

—Todo lo adivino, añadió, venís por Irma... por Irma que os salvó cerca de Dantzick. Miradla allí!

Y me indicó con la mano ese retrato de tanta semejanza, ese retrato que veis aquí, querido Leopoldo.

Despues, para darme á entender que sabia que estaba próximo á morir, dijo balbuceando:

—Velad por ella... si la suerte ó mas bien la Providencia la vuelven á vuestros brazos...

En cuanto á lo que hay en mi cartera... debajo de mi almohada, es muy diferente. Leed, leed, señor, continuó incorporándose en la cama.

Era una copia textual de su carta al embajador de Rusia.

(Se continuará.)

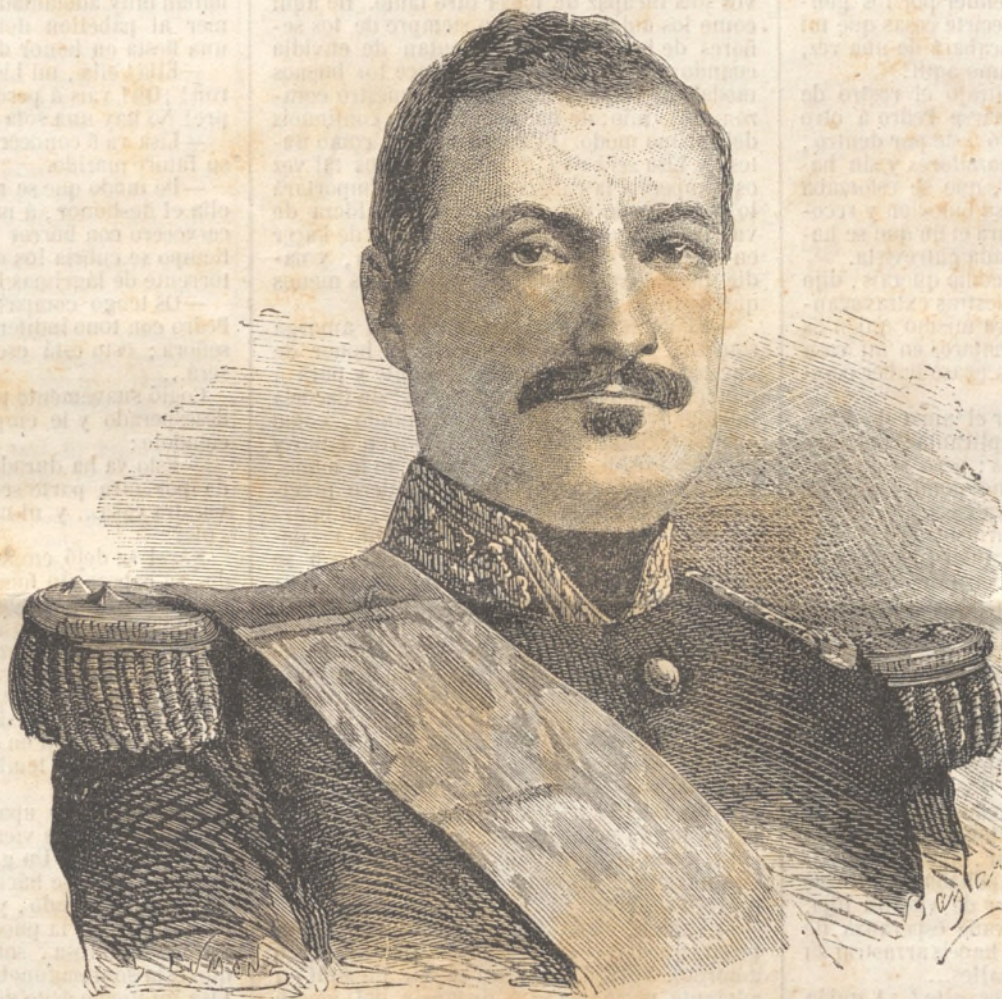
EL POSADERO DE ALDEA,

MAESE GANSENDONCK.

POR E. CONSCIENCE.

(Continuacion.)

No lejos del meson Jacobo dejó á su compañero preocupado, alegando que era muy pronto para volver al meson, y que tenia to-



EL GENERAL FOREY.

davía una hora para jugarle una pasada al guarda-rural.

Karel le estrechó la mano con reconocimiento y le prometió de nuevo seguir su consejo. Parecióle al joven, cuando se halló solo, que le habia caído un velo de los ojos, y por la primera vez veía claramente lo que pasaba y lo que debía hacer. Se propuso, pues, pedir cuenta de su conducta á maese Gansendonck, y—le gustase ó nó—representarle como su locura ponía en peligro no solo el buen nombre de Lisa, sino su mismo honor. La fisonomia del joven, cuando llegó cerca del meson, revelaba una resolucion fria y tranquila.

Esta disposicion de espíritu cambió de repente ante la puerta trasera del meson de San Sebastian.

En el interior del aposento se oía la voz seductora del baron, que cantaba una *romanza* francesa, cuya cadencia y melodia respiraban el amor y el placer.

Karel se detuvo temblando de piés á cabeza, y se puso á escuchar con febril atencion:

¿Por qué, dulce Elisa, siempre defenderos?
Dignaos rendiros tierna á mis deseos.

Los dedos del cervecero se cerraron convulsivamente; su corazon atormentado sufría la mas terrible tempestad.

Tened menos rigor;
Si mi cariño os mueve,
Que una palabra leve
Premie mi dulce amor!

La voz de Lisa se mezclaba tímidamente á la del baron; ella tambien cantaba estas palabras voluptuosas.

La sangre se precipitaba impetuosamente en las venas del joven; sus ojos se injectaron; reclináronle los dientes; y cuando los últimos versos de la *romanza* desde la boca de Lisa y del baron, cayeron en su pecho como centellas de fuego, sus cabellos se erizaron sobre la cabeza.

Mi turbacion es grande,
Vuestra piedad imploro.
¡Ah! decid, yo os adoro,
Yo os adoro!

(Cancion de la Joconde.)

—Bueno! bueno! exclamó maese Pedro palmoteando. ¡Oh! ¡qué bello es esto!

Un lúgubre silbido salió de la garganta comprimida del joven; en seguida entró en el meson.

A su aparicion en el aposento, todos se levantaron, unos espantados, otros sorprendidos: Lisa lanzó un alarido de congoja y extendió hácia Karel sus brazos suplicantes; el baron le miró con aire altanero e interrogador; maese Pedro daba impacientemente con el pié en el suelo y murmuraba injurias.

Durante un momento Karel permaneció, como sin sentido, la mano apoyada en una silla; temblaba hasta el punto de quererle doblar las piernas; su rostro se volvió blanco como el lienzo; se notaban en su frente y mejillas estremecimientos nerviosos y convulsivos; en suma debía estar terrible, porque el baron, á pesar de todo su valor, palideció

tambien y dió algunos pasos hácia atrás para ponerse fuera del alcance del cervecero furioso. Maese Gansendonck parecia solo burlarse todavia de Karel, contemplándole con desdeñosa sonrisa.

De súbito el joven lanzó al baron una ardiente mirada de odio y venganza; este ofendido exclamó en tono arrogante:

—¡Eh! ¿qué significa esta niñada? ¿Sabeis con quien tratáis? Os prohibo mirarme con tanta insolencia.

El cervecero arrojó un grito sordo; su puño se contrajo con violencia en el respaldo de la silla; pero antes de haber tenido tiempo de ejecutar el mas mínimo movimiento, Lisa se abalanzó hácia él, y enlazó sus brazos al cuello de Karel, derramando un mar de lágrimas. Su mirada era tan suplicante, tan amorosa, le llamaba con tan dulces nombres que, vencido, y sin fuerzas, se dejó caer en una silla, diciendo con un profundo suspiro:

—¡Oh! gracias, gracias, Lisa; me habeis salvado. Sin vos todo se acaba.

La joven estrechaba las dos manos de Karel, y continuaba calmándole y consolándole con afectuosas palabras. Demasiado veía en la violenta emoción que le agitaba que su cólera no se había disipado, y se esforzaba en preguntarle la causa de su furor.

Entretanto el baron se acercó á la puerta dispuesto á irse; pero maese Gansendonck le dijo:

—Y bien, señor baron, ¿teneis miedo de un aldeano loco?

—No temo á ningún aldeano loco, respondió el baron abriendo la puerta; pero no quiero rebajarme hasta reñir con él á puñetazos.

Al oír estas insultantes palabras, Karel dió un brinco, se desprendió de los brazos de su amiga, y corrió hácia la puerta para alcanzar al baron fuera; pero maese Gansendonck le detuvo, exclamando trasportado de cólera:

—Hola! tunante, ahora á los dos! esto ya dura demasiado. Qué! ¿había yo de permitir que vinieses á despedir la gente de mi casa y desempeñar el papel de amo? Querer estrellar una silla contra el señor Van Bruinkasteel! No sé como no te hago prender por los gendarmes! Ven; tengo que decirte cosas que mi hija no debe oír: esto se acabará de una vez, ó te enseñaré quién es el amo aquí!

Una amarga sonrisa contrajo el rostro de Karel, el cual siguió á maese Pedro á otro aposento, cuya puerta cerró este por dentro, colocándose con ojos amenazadores y sin hablar delante del cervecero, que se esforzaba visiblemente en reprimir su emoción y recobrar la calma necesaria para el fin que se había propuesto en esta descaída entrevista.

—Arrugad el ceño tanto como queráis, dijo maese Pedro, me río de vuestras extravagancias. Vais á decirme ahora mismo quién os ha dado derecho para presentaros en mi casa á insultar la gente. ¿Creeis acaso haber comprado á mi hija?

—No me provoquéis por el amor de Dios, dijo Karel con acento suplicante; dejadme volver en mí y hablaremos; pero si no queréis oírme me volveré y no pondré mas los piés en el umbral de vuestra casa.

—Vamos á ver, tengo curiosidad de oiros: ya sé qué canción vais á cantar, pero no os saldrá bien, llamais á la puerta de un sordo!

Al oír esta ironía, la cólera dominó de nuevo á Karel, y le dijo con precipitación y acento alterado:

—Mi padre os socorrió, os salvó de la ruina! En su lecho de muerte le prometisteis que Lisa sería mi esposa, por esto vos mismo alentasteis nuestro amor...

—Los tiempos cambian, los hombres también...

—Ahora que habeis heredado un poco de barro, de este barro que llaman dinero, no solamente queréis prescindir, como un ingrato, de vuestra palabra empeñada, sino que además mancillais el honor de vuestra hija. Vendéis su pudor por la vana esperanza de una elevación imposible, y haceis arrastrar su honor por el fango de las calles...

—¡Oh! ¡oh! ¿qué tono es este? ¿A quién creéis que habláis?

—Y á mí me haceis perecer, me haceis morir de pesar y desesperación. No porque me queráis arrebatár á Lisa; esto no lo podeis, ella me ama! Pero ¿hay otro martirio mas cruel que el de ver pervertir á la persona á quien se ama, verla mancillar por todo lo que las ciudades abrigán de mas perverso é inmoral? Tener que conducirla al altar cuando la pureza de su alma habrá sido profanada?

—¿Habeis aprendido de memoria esta incomprendible profusión de palabras? No por ello son mas inteligibles. Soy dueño de mi casa, y lo que en ella hago, está bien hecho; ¿creeis acaso tener mas perspicacia que maese Gansendonck?

—¡Oh! ceguedad! vos obligais á vuestra hija á escuchar las palabras emponzoñadas del baron; cada lisonja es una mancha para esta alma cándida. Vos la empujais hácia su perdición. Si sucumbe... ¡ay! el padre mismo habrá abierto el abismo en que debe hundirse el honor de su hija! ¿Qué esperais? ¿Que se case con el señor Van Bruinkasteel? ¡Ah! ¡ah! esto no puede ser! Aunque su padre y su familia no se opusiesen, él mismo rechazaría una

mujer ya deshonrada á sus ojos, por la manera con que habeis procurado arrastrarle sin rebozo, y por sus mismas caricias.

—Continuad, exclamó maese Gansendonck con risa irónica, no sabia que vuestra canción tuviese tantas notas! ¿Con que no se casará con el baron? Esto es lo que veremos! Si os portais bien os convidó á las bodas. Quitaos este amor de la cabeza, Karel, es lo mejor que podeis hacer; de otro modo puede acabar con vos. Sin que por esto dejes de ser amigo nuestro, no volvais mas á casa, porque ya comprendereis que el baron en adelante pasará, por decirlo así, aquí todo el dia, y os encontrarais á su paso: él no es hombre que le guste mucho rozarse con los aldeanos.

—¿De modo que la vista de mi mortal dolor no tiene ningun poder sobre vos? ¿Volverá pues él á requebrarla, engañarla con sus pérfidas palabras, celebrar en sus canciones el deseo y la pasión, llenar el corazón de mi Lisa de un veneno que debe matar todo sentimiento de castidad y honor?

—De veneno! ¿Qué quereis decir? Porque vos sois incapaz de hacer otro tanto. Hé aquí como los aldeanos hablan siempre de los señores de las ciudades; reventan de envidia cuando ven á alguno que conoce los buenos modales y la política. Dominad vuestro corazón, hijo mio; de nada servirá que continueis del mismo modo. El baron vendrá como antes, y Lisa será una gran señora. Vos tal vez os rompereis la cabeza, pero esto importará lo mismo que una mosca en la caldera de vuestra cervecería. Tengo el derecho de hacer en mi casa y de mi hija lo que quiero, y nadie tiene facultad de intervenir; y menos que nadie.

—El derecho! exclamó Karel con amarga sonrisa, el derecho de perder el honor de vuestra hija! de entregarla inocente y pura á merced de las calumnias de todos! de hacerla infamar y detestar de todo el mundo, como el despreciable juguete de un joven fatuo y afeminado! No, no, este derecho no le teneis; Lisa me pertenece! Si su padre quiere precipitarla en el fango de la ignominia, yo la arrancaré triunfalmente. Habia olvidado mi deber, ya lo he cumplido. Vuestro baron se alejará, y Lisa se salvará á pesar vuestro: no, no quiero guardar mas consideraciones á vuestra fatal ambición!

—¿Es esto todo lo que queriais decir? preguntó maese Gansendonck con la mas grande indiferencia; entonces os repito sin rodeos que os prohibo la entrada en mi casa, y si osais volver os haré poner á la puerta por el guarda-rural y mis criados.

—Una posada es una casa pública. No faltan cuartos en mi casa donde el baron pueda pasar el rato con mi hija.

El joven abatido y descorazonado se sentó en una silla, dejó caer la cabeza y bajó los ojos sin replicar.

—Vamos, idos, dijo maese Pedro; bien pronto quedareis curado de vuestro descalabro amoroso. Volved á vuestra casa y de aquí en adelante permaneced á distancia del meson de *San Sebastian*, sin inquietaros mas por la suerte de Lisa. Con esta condición quedaremos amigos, pero de léjos. Olvidaré vuestra arrogancia y necios caprichos. El buen juicio, aunque venga tarde, no por ello es menos discreto. Y bien, idos.

Karel se levantó, su rostro habia sufrido una completa trasformación. La tensión de sus nervios habia desaparecido; este febril arranque de energía habia agotado sus fuerzas, y la inutilidad de sus palabras le habia quitado todo el valor. En ademán suplicante y las manos juntas, se adelantó hácia maese Pedro, diciéndole con lágrimas en los ojos:

—¡Oh! Gansendonck! tened piedad de mí, de Lisa! Estad seguro que moriré... por la memoria de mi padre ruego que abrais los ojos. Dadme vuestra hija en matrimonio antes que su nombre sea del todo deshonrado. Yo la haré feliz, la amaré, la cuidaré y trabajaré por ella como un esclavo! Tendré por vos respeto, obediencia, amor filial, y os serviré como un criado!

Viendo que Karel se le humillaba tanto, maese Pedro se sintió un poco conmovido y respondió:

—Karel, no quiero decir que no seais un buen muchacho, y que mi Lisa no encontrase en vos un buen marido.

—Por el amor de Dios, replicó el joven dirigiéndole una mirada brillante de esperanza, tened compasión de mí! Dadme á Lisa por esposa! Cumpliré vuestros menores deseos con la sumisión de un niño: venderé la cervecería, iré á habitar en un castillo, dejaré mi clase de aldeano, y mudaré completamente de vida!

—Esto no puede ya ser, querido Karel, es demasiado tarde.

—¿Y si supieseis que esto me debe causar con toda seguridad la muerte?

—Ciertamente tendria un sentimiento, pero yo no puedo obligaros á vivir.

—¡Oh Gansendonck! exclamó el joven levantando las manos al cielo y cayendo de rodillas; dejadme la esperanza! no me asesineis!

Maese Pedro le levantó y repuso:

—Pero Karel, vos perdeis el juicio, yo no puedo hacer ya nada. Pensad que las cosas se hallan muy adelantadas; mañana vamos á comer al pabellon del señor baron, pues dá una fiesta en honor de Lisa.

—Ella! ella, mi Lisa en el castillo del baron! ¡Oh! vais á perder su honor para siempre! No hay una sola mujer en el castillo!

—Lisa va á conocer la residencia de caza de su futuro marido.

—De modo que se acabó toda esperanza! A ella el deshonor, á mi la tumba! exclamó el cervecero con horror y sollozando; al mismo tiempo se cubria los ojos con las manos y un torrente de lágrimas bañaba sus mejillas.

—Os tengo compasión, Karel, dijo maese Pedro con tono indiferente. Lisa será una gran señora; esto está escrito allá arriba, y esto será...

Cogió suavemente por los hombros á Karel desesperado y le empujó hácia la puerta diciéndole:

—Esto ya ha durado demasiado, y no puede por otra parte servir de nada. Volved á vuestra casa... y ni una palabra mas á Lisa, ¿ois?

Karel se dejó empujar afuera, dócil y mudo. Su cabeza sin fuerza estaba inclinada hácia el suelo y sus ojos derramaban abundantes lágrimas. Al entrar en el aposento en que se hallaba Lisa le lanzó una mirada, como un eterno adiós, una mirada moribunda...

La joven que desde mucho tiempo escuchaba con profunda ansiedad los sonidos confusos que resonaban en el aposento cerrado, esperaba de pié y temblando que la puerta se abriese.

Y hé aquí que aparece su amante, mudo, lloroso como una víctima inocente que marcha á la muerte. Un grito desgarrador salió de su seno, lanzóse hácia el joven, se abrazó á su cuello gimiendo, y se estorzó con angustia en alejarle de la puerta. Karel le lanzó una mirada dolorosa, sonriendo tan tristemente que esta sonrisa fúnebre arrancó del pecho de Lisa un nuevo grito de desesperación.

Pronunciando palabras de amenaza, maese Gansendonck separó los brazos de su hija del cuello de Karel, y empujando al joven fuera de la posada, le cerró la puerta.

VI.

El que al orgullo mezcla la necedad, él mismo se abandona á la risa de los otros.

Maese Gansendonck se paseaba como un loco de arriba abajo de su cuarto; habia bajado el espejo para mirarse las piernas, y caminaba ya hácia adelante, ya hácia atrás, con grandes exclamaciones de admiración. Hallábase en mangas de camisa, y llevaba un pantalón con *trabillas*, nuevísimo. En una silla cerca de la pared, estaban de manifiesto un par de guantes amarillos, un chaleco blanco y una pechera de encaje.

El criado estaba en pié en medio del cuarto con una corbata blanca doblada en el brazo. Miraba á maese Pedro con aire paciente; tan solo de vez en cuando aparecía en sus labios

una sonrisa imperceptible de compasion ó descontento.

—Y bien, Jacobo, dijo maese Pedro con alegría expansiva, ¿qué dices tú á esto? ¿me va bien?

—No entiendo gran cosa, mi amo, respondió Jacobo con tono incomodado.

—Sin embargo, bien debes conocer si me va bien ó mal.

—Me gustais mas sin esas pequeñas correas en el pantalon, mi amo; vuestras piernas parecen tiesas como mangos de escoba.

Gansendonck, admirado de esta atrevida observacion, lanzó al criado una mirada furiosa y exclamó:

—¿Qué significa esto? tú tambien empiezas á poner tiesas las orejas! ¿Crees que te pago y te mantengo para decirme cosas desagradables? Vaya, habla, ¿me va bien, sí ó no?

—Sí, mi amo.

—Qué, sí, mi amo? vociferó Gansendonck dando con el pié en el suelo. ¿Me va bien, sí ó no, te pregunto?

—No podria iros mejor, amo mio.

—¡Ah! eres terco! ¿Desas que te dé tu cuenta para mudar de amo? ¿No llevas bastante buena vida aqui, haragan? ¿Si querrás mejor pan que el de trigo? Así es como se pasa del trebol á los juncos; pero bien dice el adagio: dad avena al asno, y se irá á los cardos!

Jacobo con una ansiedad fingida ó real, dijo con acento suplicante:

—¡Oh! mi amo, tengo dolor de barriga. No sé lo que he dicho, dispensadme: vuestro pantalon cae pintado.

—¡Ah! ¿tienes dolor de vientre? preguntó maese Pedro con interés; abre aquel pequeño almarío de allá abajo, y bebe una copa de ajenos. Lo que es amargo á la boca, es sano para el estómago.

—Sí, mi amo, sois demasiado bueno, mi amo, respondió Jacobo dirigiéndose hácia el almarío.

—Dame la corbata, dijo maese Pedro, pero con precaucion para no arrugarla.

Mientras continuaba vistiéndose y abrochándose decia todo absorto:

—¡Ah! Jacobo, como se van á quedar los aldeanos con la boca abierta, viéndome pasar con el chaleco blanco, pechera de encaje y guantes amarillos! Dios sabe si han visto cosa parecida en su vida! Yo habia preguntado con maña al señor Van Bruinkasteel cómo se visten los señores que siguen las modas cuando van á comer fuera de su casa; y en cuatro dias me han confeccionado todo esto en la ciudad. Con dinero se hacen mas que maravillas, milagros. Y Lisa? hará saltar los ojos de la cabeza con los seis volantes de su vestido de seda.

—Seis volantes, mi amo! La señora del castillo no lleva mas que cinco, y aun para esto es necesario que sea domingo.

—Si Lisa quisiera darme gusto, se pondria diez: cuando uno se encuentra desahogado, es necesario mostrarlo, y quien puede pagar, puede comprar. Ya la verás pasar, Jacobo, por delante de los aldeanos como una verdadera señora, con su sombrero de raso guarnecido de flores como las que florecen en el invierno en el castillo.

—Camelias, mi amo.

—Sí, camelias. Figúrate, Jacobo, que en la ciudad habian puesto en el sombrero de Lisa espigas de trigo y flores de alforfon, pero al momento mandé quitar este adorno de aldeana. Dame el chaleco, pero sin tocarle con las manos.

—Es este un arte que no he aprendido, mi amo.

—Imbecil, quiero decir que lo cojas con la toalla.

—Sí, mi amo.

—Dime, Jacobo, ¿no te parece estarme viendo sentado en la mesa del castillo? Lisa entre yo y el señor baron haciendo cortesias y diciendo cosas agradables! ¿No te parece tambien estarnos viendo beber toda clase de vinos generosos, y comer liebres y perdices preparadas con salsas, cuyos nombres no recordaria el mismo diablo? y todo esto en platos dorados y con cucharas de plata!

—¡Oh! mi amo, callaos, si gustais; toda la boca se me vuelve agua!

—Ya hay de qué, Jacobo; pero yo no quiero ser feliz solo; queda todavia la mitad de la liebre de ayer, puedes comértela y beber encima un par de medias azumbres de cerveza de cebada.

—Es mucha bondad, mi amo.

—Y ven en seguida despues de haber comido al pabellon á preguntar si se me ofrece algo.

—Sí, mi amo.

—Pero, dime, Jacobo, ¿Lisa estará ya vestida?

—No lo sé, mi amo; ahora poco cuando he ido á buscar el agua fresca de lluvia, estaba todavia sentada cerca de la mesa.

—Y ¿qué vestido llevaba?

—El que acostumbra en los domingos, segun creo, mi amo.

—¿No te ha contado que ayer despedí al cervecero?

—La he visto muy abatida, mi amo; pero nunca indago las cosas que no me atañen: loco es el que se quema en el puchero de otro.

—Tienes razon, Jacobo; pero yo soy dueño de hablarte de esto, si quiero. ¿Querrás creer que se interesa tanto todavia por ese loco de Karel, que no queria ir á comer al pabellon, y todo porque le vió salir llorando? ¿No he tenido que estar en querrela con mi propia hija toda la veida para quitárselo de la cabeza?

—¿Y por fin ha consentido, mi amo?

—No ha consentido nada, pero yo mando.

—Es muy cierto, mi amo.

—¿No ha tenido la audacia de decirme que no quiere casarse con el baron?

—¿De veras?

—Sí, y que permanecerá soltera toda su vida, si no se casa con ese bribon de Karel. Bonita estaria en la cerveceria, sentada junto á un torno, velando el caldero de las vacas! Y cuando quisiera ir á la ciudad podria subirse en la carreta de la cerveza, ¿no te parece, Jacobo?

—Sí, mi amo.

—Vaya, dame los guantes que ya estoy listo. Veamos ahora lo que hace Lisa; es capaz de salir con algun nuevo capricho. Ayer por la tarde, á lo menos, no queria oír hablar de los seis volantes de su vestido nuevo. Quiera no quiera, se vestirá como yo juzgue conveniente.

Lisa estaba sentada en el cuarto de delante, cerca de la ventana. Llevaba impresa en su rostro la mas profunda tristeza: en una mano tenia una aguja, en la otra un bordado, pero sus pensamientos volaban muy lejos, porque estaba inmóvil y no trabajaba.

—¿Qué es esto? exclamó maese Gansendonck con cólera, yo ya estoy vestido de piés á cabeza, y tú todavia como si no se tratara de nada!

—Estoy pronta, padre mio, contestó Lisa con paciente resignacion.

—Padre mio! padre mio! Tú quieres hacerme salir de mis casillas.

—Estoy pronta, papá, repitió la jóven.

—Levántate, dijo maese Gansendonck con rostro avinagrado, ¿qué vestido es el que llevas?

—El de los domingos, papá.

—Inmediatamente vete á poner tu vestido nuevo y el sombrero de flores.

Lisa bajó la cabeza y no contestó.

—Mejor que mejor! vociferó maese Gansendonck. ¿Quieres contestar, sí ó no?

—¡Ah! papá, dijo Lisa con voz suplicante, no me obligueis... El vestido y el sombrero no se avienen con nuestra condicion, no me atrevo á atravesar el pueblo así vestida. Si quereis que os siga al castillo, aunque os he suplicado de rodillas que me dejéis en casa, iré; pero por el amor de Dios dejadme ir con mis vestidos usuales del domingo.

—Con cofia, y un solo volante en el vestido! respondió maese Gansendonck con ironia. Bonita figura harias así vestida en una mesa cubierta de platos dorados y cucharas de plata! Vaya, vaya, no tantas palabras; ponte tu traje nuevo y tu sombrero, pues así lo exijo!

—Podeis hacer lo que mejor os plazca, papá, dijo Lisa suspirando y dejando caer la cabeza con desesperacion; podeis regañarme,

castigarme, pero no me pondré ni el traje nuevo ni el sombrero...

Desde el rincon del fuego, Jacobo meneaba la cabeza, alentando á la jóven en su resistencia.

Maese Pedro se volvió hácia el criado y le preguntó en tono furioso:

—Y bien, ¿qué te parece una hija que se atreva á hablar así á su padre?

—Que podria tener muy bien razon, mi amo.

—¿Qué dices? ¿Tú tambien? ¿Os poneis acaso de acuerdo para hacerme reventar de cólera? Ya te enseñaré, tunante, ingrato!... mañana te vas de casa!

—Pero, querido amo, vos no me habeis entendido, respondió Jacobo con fingido terror; quiero decir que Lisa podria tener razon si no tuviese culpa.

—¡Ah! habla pues un poco mas claro otra vez.

—Sí, mi amo.

—Y tú, Lisa, despacha! que te guste ó no, has de obedecerme, aunque te tenga de poner yo el vestido á la fuerza.

La jóven se deslizo en lágrimas. Esta circunstancia acreció sin duda mas el descontento de su padre, el cual se puso á refunfuñar y á empujar las sillas con cólera unas contra otras.

—Aun mejor! exclamó; llora una ó dos horas, Lisa, despues estarás mas hermosa, con un par de ojos colorados como los de un conejo blanco! No quiero que llores; es una pasada que me juegas para que nos veamos obligados á quedarnos en casa.

La jóven continuó llorando sin pronunciar una palabra.

—Vaya, dijo maese Pedro con impaciencia, supuesto que no puede ser de otro modo, vístete como quieras, pero acaba de llorar. Por Dios, Lisa, apresúrate.

La jóven dejó su silla, y sin hablar, subió la escalera con el fin de prepararse para la visita que debian hacer al castillo.

Apenas habia desaparecido, que entró en el meson el señor Van Bruinkasteel, diciendo á maese Pedro:

—¿Qué es lo que os ha detenido tanto tiempo, señor Gansendonck? Estaba con cuidado de que no os hubiese ocurrido alguna cosa. Mas de una hora que os estamos aguardando.

—La culpa la tiene mi hija, respondió maese Pedro; le habia mandado hacer un hermoso vestido nuevo y un sombrero de raso, pero no sé qué demonio tiene que no se ha querido poner lo uno ni lo otro.

—Ha hecho muy bien, señor Gansendonck, porque de cualquier modo que vista siempre está hermosa.

—Nunca está de mas la buena ropa, señor Victor.

Lisa bajó y saludó al baron con frialdad. Sus ojos atestiguaban su tristeza, y se echaba fácilmente de ver que habia llorado. Llevaba su vestido de seda ordinario de un solo volante, y una cofia de encaje de la forma de las que llevan en las ciudades y que denominan *cornettes*.

Pasó con toda intencion su brazo bajo el de su padre, y quiso atraerlo hácia la puerta; pero maese Pedro se desprendió de ella, alejándose como para invitar al baron á que le ofreciese el suyo.

Victor hizo como quien no lo advertia; tal vez no consideraba conveniente ni para Lisa, ni para sí, atravesar la aldea dándole el brazo.

Despues de algunos cumplimientos sobre quién pasaria primero, dejaron la posada. Maese Gansendonck haciendo de la necesidad virtud, emprendió el camino con su hija. Mientras andaban le dijo con aspereza:

—¿Ves los resultados de tu terquedad? si te hubieses puesto el vestido nuevo y el sombrero de flores, el baron te hubiera dado el brazo. Ahora no quiere, tu traje es demasiado comun: esto es lo que hay!

Debian pasar por frente la cerveceria. Tras la pared de la cuadra, la jóven vió al desconsolado Karel que, en pié, los brazos cruzados sobre el pecho, y la cabeza baja, fijaba en ella su mirada, sin manifestar ni cólera ni tristeza. Solamente se leia en sus miradas



Me miró con una sonrisa amarga. (Pág. 323, col. 1.ª)

moribundas el abatimiento, el desaliento y una profunda desesperación.

Lisa lanzó un grito de congoja, se desprendió del brazo de su padre, y abalanzándose hacia Karel, le tomó las manos en las suyas trémulas, con mil exclamaciones confusas de consuelo y ternura.

Maese Gansendonck se acercó á los dos amantes, lanzó al cervicero una mirada furiosa, y obligó á su hija á alejarse de él.

Lisa volvió á seguir el camino, muda y el alma llena de pensamientos amargos, hacía el pabellón de Van Bruinkasteel.

(Se continuará.)

EL GENERAL FOREY.

El nombre del general Forey va unido al primer triunfo que el ejército francés ha obtenido en Italia en el mismo sitio donde el mariscal Lannes ganó cincuenta años há su título de duque de Montebello. El general Forey, que había llamado mucho tiempo hacia la atención de sus jefes y de sus compañeros de armas, así como la confianza de sus soldados, ha hecho también célebre su nombre en Montebello.

Nacido en París en 1804, M. Forey fué discípulo de la Escuela especial militar, en la que ocupó uno de los primeros puestos por los conocimientos que poseía ya. No entró en campaña hasta los ocho años de ser militar que pasó á la Argelia (1835), por haber ascendido á capitán. Después de haber permanecido en Africa cuatro años, regresó á Francia para cooperar á la formación de uno de esos nuevos batallones de cazadores de Vincennes que las eventualidades de una guerra en Oriente hicieron crear en 1840. Todo el mundo sabe con qué cuidado fueron elegidos los comandantes de estos nuevos cuerpos, á cuya cabeza se pusieron hombres que más tarde adquirieron gran celebridad en los campos de batalla de Argelia y de Crimea.

Mac-Mahon y Canrobert mandaron también en su creación batallones de cazadores que apenas instruidos teóricamente iban á terminar su educación militar en Africa.

En 1841 Forey volvió á la colonia, donde fué nombrado teniente coronel de un regimiento

que se encontraba en Francia. Al poco tiempo dejó su nuevo cuerpo para volver á la Argelia donde continuó la guerra contra los árabes; recibió una herida de bala en 1842 en la acción de Ain-Affour y dos en la de Thleta, en 1844.

Como capitán y jefe de batallón, Forey se distinguió por la brillante instrucción y buen estado en que tenía su tropa. El aventajado concepto que mereció á sus superiores le hizo llegar pronto á coronel.

El año 1848, siendo jefe del poder ejecutivo el general Cavaignac, el coronel Forey fué nombrado general de brigada con destino al ejército de París.

Ascendido á general de división á fines de 1851 estuvo en el ministerio de la Guerra, en la sección de infantería.

En 1854 estuvo encargado de formar la división de reserva del ejército de Oriente, parte de la cual permaneció algún tiempo en Atenas y en el Pireo para vigilar la Grecia. Cuando esta división fué la 4.ª del ejército de Oriente, el general Forey mandó las fuerzas que defendían la trinchera.

Llamado á Francia antes de la conclusión del sitio, tuvo por sucesor al general Pelissier.

Hasta 1858 desempeñó varios cargos importantes.

En Africa obtuvo los grados de caballero y de oficial de la Legión de Honor, y la gran cruz de la misma orden en Crimea.

En la acción de Stadion, el hijo de aquel antiguo gran tesoro del obispo de Wurzburg que elevado al ministerio de Negocios extranjeros en Austria, fué causa de la guerra de 1809. El hijo de este ministro, que fué destituido después de la batalla de Wagram y que no volvió á figurar en la escena diplomática hasta 1815 para formar parte del Congreso de Viena, ha defendido en esta guerra los tratados que firmara su padre.

La lámina de la página 324 representa al mariscal Mac-Mahon, en las calles de Milan, cogiendo de los brazos de su madre á una hermosa niña que le presenta un ramillete, y la besa en medio de los aplausos de la multitud.

FÓRMULAS.

Preparación del papel anti-reumático.

Este papel es muy empleado en Francia y más aun en Alemania. En Prusia ha merecido un lugar en la nueva Farmacopea redactada por orden del gobierno. La receta que vamos á publicar la debemos á M. Marquardt, farmacéutico en Reichenbach. Según opinan personas inteligentes, esta preparación debe producir muy buenos resultados.

Se hace derretir á un mismo tiempo:

Cera amarilla. . .	} 30 gramos de cada cosa.
Pez de Borgoña. . .	
Trementina. . .	
Pez negra.	90 »

Cuando la masa está bien derretida, se extiende con una brocha sobre papel de seda colocado sobre una plancha de palastro que se procura tener caliente aplicándole debajo un fuego ligero de carbon.

Concibese desde luego que la temperatura de la plancha metálica no es aquí el punto menos interesante; no debe ser tan elevada que pueda hacer que se evapore en parte la masa resinosa, ni tan baja que esta deje de penetrar suficientemente el papel.

El papel anti-reumático así preparado es muy buscado en las provincias rhinianas donde se emplea con un éxito asombroso para combatir los reumatismos ligeros.

Acetate llamado de Filocomo para la conservación del cabello.

Este acetate se compone de medula de buey, de aceite de avellanas y de almendras; estos tres ingredientes se emplean en partes iguales molidos con moleta sin auxilio del fuego.

Esta preparación dá resultados excelentes si se han obtenido los aceites de almendras y de avellanas de su fruto, sin hacer uso del fuego, con lo cual se conserva toda su virtud.

Se emplea esta mezcla humedeciendo ligeramente los cabellos con los dedos y alisándolos repetidas veces.

Por todo lo que antecede, F. GABAÑACH, editor responsable.

Imprenta del DIARIO DE BARCELONA, á cargo de Francisco Gabañach, calle Nueva de S. Francisco, núm. 17.